

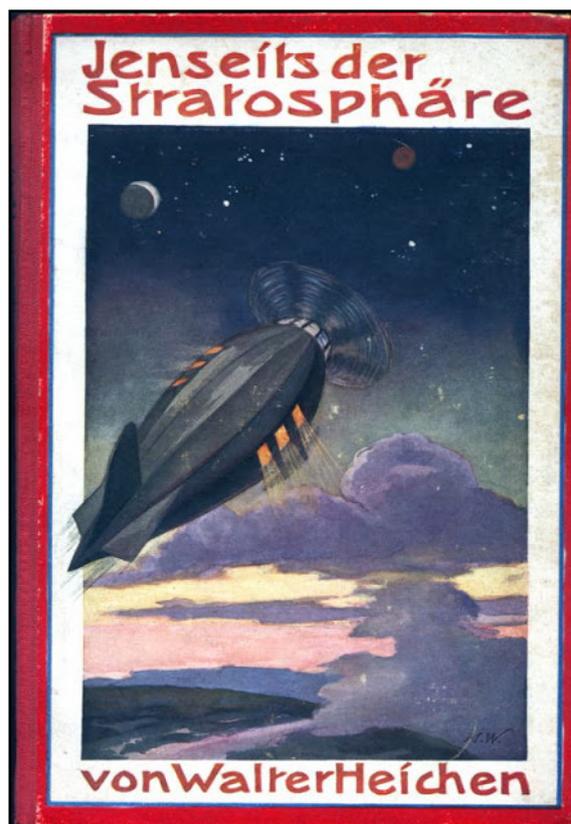
Dos poemas visionarios apocalípticos

Nota introductoria y traducción
de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción
y la traducción, 2018



A raíz de la progresiva laicización de la cultura, la creencia en un fin del mundo que se habría de desarrollar según el guion apocalíptico neotestamentario convivió con relatos alternativos y laicos sobre el fin del mundo o, al menos, sobre la muerte de la Tierra. El progreso de los conocimientos científicos sobre el origen del universo y su evolución parecía postular que, como la vida humana, el mundo había nacido y tendría que morir un día, y ello sin necesidad alguna de una figura divina que lo ordenase. La ley de la entropía auguraba un lento declive de la Tierra y el cosmos hasta el enfriamiento universal que iba a acabar con la vida, si es que esta había sobrevivido a cualquiera de los cataclismos que amenazan el planeta y que lo habían golpeado en el pasado, sobre todo la caída catastrófica de grandes cuerpos celestes. En el siglo XIX y principios del XX, estas dos posibilidades, o más bien probabilidades, inspiraron diversas fantasías apocalípticas. A diferencia de las fantasías pseudoapocalípticas, esto es, aquellas que describen destrucciones sin cuento, aunque no suficientes como para acabar verdaderamente con el mundo o con la humanidad, los fines del mundo genuinos planteaban un problema narrativo considerable, pues la falta de supervivientes humanos ponía la narración en un brete. ¿Cómo mantener una verosimilitud propia de la «imaginación razonada» en una historia de anticipación en la que la perspectiva apocalíptica del futuro elimina la hipotética voz narradora que presentaría nuestro futuro como si fuera su pasado o su presente?



Dos poemas visionarios apocalípticos

Para sortear el escollo, uno de los procedimientos empleados fue sustituir la voz futura por una presente que tuviera carácter premonitorio. El fin del mundo no se narra, sino que se describe como si fuera una visión. La poesía romántica ya había explotado hasta el tópico la capacidad supuestamente sobrehumana del vate de traspasar los velos de la realidad empírica para ofrecer descripciones más o menos vagas y sugerentes de realidades alternativas, normalmente de carácter espiritual y (seudo)místico. Otros, como Pierre-Simon Ballanche en *La Vision d'Hébal* [La visión de Hebal] (1831), ofrecieron visiones de la historia humana desde su origen hasta su final como si así hubieran ocurrido o fueran a ocurrir realmente. Sin embargo, Ballanche aún se atenía al mito bíblico de la creación y el apocalipsis. Otros se atuvieron a las enseñanzas de la ciencia contemporánea en sus espectáculos apocalípticos, aunque el género mismo de la visión les aportaba un misterio que incrementaba su carácter sugestivo, de manera que el testimonio del fin se teñía de simbolismo poético y borraba, mediante la fusión de discursos y efectos, las fronteras entre los géneros, entre la lírica y la fantasía especulativa. Dos breves poemas, uno en verso y otro en prosa, son buenos ejemplos de ello.

Leconte de Lisle fue el jefe de fila de los parnasianos, corriente poética que destaca por la extrema atención prestada a un ornato caracterizado por la absoluta perfección formal, en el respeto de la retórica y los estilos patrimoniales de Occidente, lo que se conjuga con una ampliación extraordinariamente cosmopolita de sus motivos y temas. Leconte de Lisle escribió poemas mediante los cuales incorporó a la corriente general de la literatura francesa y euroamericana asuntos históricos y mitológicos de todos los continentes, desde la Europa

nórdica hasta Polinesia. Estos poemas rara vez son líricos; en cambio, se trata de historias o escenas presentadas con un marcado ánimo de objetividad, por lo que cabe considerarlas ficciones más que poesías en el sentido común actual de la palabra. De hecho, los amantes de la ficción son tal vez quienes pueden apreciar mejor la obra de Leconte de Lisle y su grupo, seguramente en mayor medida que los reduccionistas que solo consideran «poesía» aquella que expresa efusiones líricas y subjetivas. Además, la inclinación por la reescritura de mitos y la recreación de períodos históricos lejanos acerca la épica parnasiana, casi siempre breve, a la posterior fantasía épica. En sus cuadros míticos e históricos, la anticipación apocalíptica está bien representada por el poema en verso de Lisle titulado en el original «Le dernier Dieu», publicado primero en la revista *La Jeune France* en noviembre de 1885 y luego recogido en la edición del año siguiente de su libro *Poèmes tragiques* [Poemas trágicos]¹. En él, una voz describe en primera persona la visión que ha tenido. Erra en sueños como último superviviente humano en una Tierra futura apenas alumbrada por un Sol pálido y moribundo, una Tierra que ha alcanzado el mortífero e inerte equilibrio entrópico, vacía de vida, en la que nada se mueve, y ya fuera del tiempo. En este escenario desolado, hasta los dioses han caído víctimas de la ley universal. El visionario descubre la figura fenecida del Amor. Aunque este aparece dotado de las características del Eros personalizado de la mitología grecorromana, se trata más bien de una figura alegórica de la vida, entendida de forma correcta desde el punto de vista científico como

¹ La traducción se basa en el texto publicado en el tercer volumen de la edición crítica de sus obras: *Œuvres de Leconte de Lisle*, edición de Edgar Pich, volumen III, *Poèmes tragiques, Derniers poèmes*, Paris, Les Belles Lettres, 1977, pp. 131-132.

Dos poemas visionarios apocalípticos

capacidad de reproducirse. Su espectro subraya simbólicamente el carácter definitivo del fin. Aunque el recuerdo de las voluptuosidades pasadas indica el vigor del instinto de fecundación, la entropía ha vencido y, con ello, ni humanidad ni mundo pueden continuar como tales, sin que divinidad alguna sirva para evitarlo. Eros es el último dios, un último dios tan muerto como los demás en ese futuro entrópico que se describe. Lisle niega toda salida religiosa a la perspectiva de la muerte individual y colectiva de la humanidad, con lo que se opone implícitamente al *Apocalipsis* de Juan y su Dios finalmente en triunfo. De hecho, la insistencia en el acto de ver por parte de la voz visionaria parece un eco sutilmente paródico del *Apocalipsis* cristiano. En el apocalipsis laico de Lisle no cabe ni justicia ni consuelo. La Naturaleza acabará con todos por igual.

El pesimismo lúcido del poeta francés, que es perfectamente acorde con una visión científica del universo, contrasta con la esperanza que se sugiere al final de un poema en prosa brasileño prácticamente coetáneo. Su autor, Raul Pompeia, lo había publicado en primer lugar, con el título de «A ilusão renitente», en el *Diário Mercantil* paulista en octubre de 1884, aunque la versión definitiva y mejorada del texto se dio a conocer póstumamente en 1900 con el título de «Ilusão renitente», en un volumen, *Canções sem metro* [Canciones sin metro]², constituido por poemas en prosa. La visión se presenta aquí también como un sueño, pero el soñador no observa el estado del mundo tras su final, sino el proceso de destrucción, que

se produce por causas misteriosas y parece incluso más radical que cualquier otro apocalipsis posible. Súbitamente, una sombra que lo cubre todo parece destruir a la vez la luz y el universo. La vida acaba al mismo tiempo que la materia; los astros desaparecen e incluso las leyes de la física dejan de ser válidas. En consecuencia, la profunda pacificación resultante no es ya el resultado de la entropía, sino de un aniquilamiento radical. Impera la nada, una nada que ha abolido el tiempo y el espacio de forma absoluta. Sin embargo, el soñador no es el único ser que ha conservado, al menos, una existencia virtual consciente (el «sentimiento») que es condición necesaria para la pervivencia de la visión misma. La «ilusión» del fin de la realidad deja paso a la luz de una mirada que también ha sobrevivido y en la que se ha concentrado la vida y las fuerzas universales precedentes. Qué pueda ser esa luz (¿un dios, los albores de un universo renacido con su primer rayo de fotones, una mera ilusión del visionario renuente a aceptar las tinieblas de la Nada como único sino?) queda a la imaginación de los lectores. Al símbolo de transparente significado alegórico empleado por Lisle, Pompeia prefiere el enigma de un símbolo que estimula la fantasía visionaria. «Ilusão renitente» ilustra así la imaginación apocalíptica simbolista como «Le dernier Dieu» lo hace con la imaginación apocalíptica parnasiana, y ambos poemas enseñan hasta qué punto ficción y poesía pueden combinarse íntimamente en servicio de la literatura más impresionante y radical sobre el fin.

² La traducción de la versión definitiva del poema se basa en la reedición crítica del volumen (y de las versiones anteriores de los poemas en la prensa) por Gilberto Araújo: Raul Pompeia, *Canções sem metro*, Campinas (SP), UNICAMP, 2013, pp. 84-86.

Raul Pompeia

Ilusión renuente

E tu, lenta ginestra,
 Chi di selve odorate
 Queste campagne dispogliate adorni
 Anche tu presto, alla crudel passanza
 Soccomberai...
 «La ginestra», G. Leopardi¹

Extraño sueño. Un cataclismo inaudito asaltó la naturaleza. El espesor trágico de una noche extraordinaria invadió el espacio como si el firmamento estuviera hecho de alas de cuervo. En esta sombra, asombroso sepulcro, yace aniquilado el universo.

Desconcertadas las leyes del mundo, rota la máscara de los colores, desarmadas las perspectivas, reina la definitiva realidad ciega del pavor. La nada, hermana de la oscuridad y del caos, se revela con toda la grandeza del prestigio brutal, negativo, incontestable. Ha cesado el tumulto animado de las transformaciones; al conflicto de los átomos ha sucedido una pacificación profunda; el fuego y el agua, confundidos en el acuerdo de una destrucción mutua y simultánea, han renunciado al viejo antagonismo de elementos rivales. No hay más vida de gusanos en las entrañas del cadáver, no hay más vida de los astros en el vacío; ni hay ya astros en el cielo, ni hay ya gusanos en la tie-

rra; ¡el demonio de la aniquilación ha detenido la marcha sideral de las esferas!

Ni una lasca de túmulo queda para recordar a los hombres, ni un aerolito perdido para recordar a los planetas, ni una fugitiva chispa que hable de los consumidos soles. La efeméride de los aspectos, en el tiempo, ha cesado.

El tiempo y el espacio inmanentes en una sola uniformidad, sin soluciones, sin sucesiones, realizan la hipótesis del término absoluto.

Se ha resuelto por fin la universal comedia de las formas, de las superficies, de las ilusiones...

Como un pájaro envuelto inesperadamente en el torbellino de la borrasca, vivía, entre tanto, mi sentimiento, en medio de la consumación general de las cosas.

¡Extraño sueño!

Y yo vi, sentí nacer de las tinieblas un claror suavísimo, semejante a la luz de la luna que viene del cielo, rasgando una por una las bambalinas pesadas de la tempestad.

Era la luz de una mirada...

¡No todo había perecido!

Este simple claror me saciaba como si fuera la concentración de la vida universal robada a los seres, o el espíritu errante de las constelaciones extinguidas.

¹ «Y tú, lenta retama, / que de frondas fragantes / esta campiña desolada adornas, / también al cruel poder morirás...», inicio del poema titulado en español «La retama», según la traducción de Miguel Romero Martínez publicada en Giacomo Leopardi, *Obras*, Madrid, Aguilar de Ediciones, 1960, pp. 232-233. (Nota del traductor).

Leconte de Lisle

El último dios

Mucho más allá de los Días, de los Años multiplicados, del vértigo de los Tiempos que huyen sin tregua, esto es lo que vi, en el ensueño inmutable que me atormenta, desde los sueños olvidados.

Erraba solo por la Tierra. Y la Tierra estaba desnuda. El antiguo gemido de lo que estuvo vivo, el sollozo del mar y el estertor del viento habían callado para siempre bajo la inmóvil desnuda.

Por el Vacío sin fin, el Globo descarnado, exhausto de desesperación, miseria y fuerza, bollado el granito de su corteza rugosa, se iba, ignorante de haber nacido un día.

Las Islas de antaño erizaban con sus cumbres la monstruosa sima de los océanos ayermados, donde se habían secado el barro y los vestigios de los siglos sepultados en el fondo de los viejos abismos.

Antorcha funeraria de un sepulcro mudo, el sol agotado, suspendido en el cielo lívido, bañaba lúgubrementemente con su luz suprema la inmensa soledad en la que nada bullía.

Y yo erraba en espíritu, Sombra que merodea y pasa, sin penas, sin deseos, llevado al azar, resto de la efímera y vana Humanidad cuyas cenizas un soplo ha dispersado en el espacio.

Y vi, en lo más alto de una montaña, en si-

lencio, impasible, más frío que las nieves eternas, un Espectro que no apartaba su pupila inerte del universo muerto tendido bajo el desierto de los Cielos.

Majestuoso y bello, este Espectro, imagen augusta de los Reyes Olímpicos hijos de las edades de oro, se alzaba, igual que en la época en que el Hombre feliz todavía les rendía en sus altares un homenaje libre y altivo.

Pero el Arco, del cual brotaban los deseos creativos, yacía entre los bloques de nieve, con las Alas que llevaban vuestros besos, oh blancas Inmortales, de la boca de los Dioses a los labios de los pastores.

Pero la frente ya no tenía sus rosas de luz, nada latía ya en el seno adorado que derramaba sobre el Mundo en su sagrada mañana tus olas ardientes y dulces, ¡oh Voluptuosidad primera!

Y el encanto y el horror, el amargo recuerdo de los llantos sangrientos tras las horas de placer, toda la embriaguez del celeste Supplicio me volvió al corazón con un abrazo de hierro.

Y supe, helado en la Tierra yerma, que estaba allí, rígido, dormido sin retorno, el último, el más querido de los Dioses, el antiguo Amor, por quien todo vive, sin quien todo muere, el Hombre y el Mundo.